

War & Trade with the Pharaohs. An Archaeological Study of Ancient Egypt's Foreign Relations

Garry J. Shaw (2017).
Barnsley: Pen & Sword Books, 213 pp.
ISBN 978-1-78303-046-0.



Augusto Gayubas

Universidad de Buenos Aires / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Luego de años de desconfianza hacia el estudio específico de la guerra, probablemente derivada de la necesidad por desmarcarse de la vieja historia político-militar (centrada en los “grandes hombres” y las batallas decisivas), cada vez más historiadores profesionales conceden un lugar de importancia a la problemática bélica en contextos tanto antiguos como modernos, sin lugar a dudas influidos por los estudios conducidos desde la llamada nueva historia militar y por la antropología, la arqueología y la sociología de la guerra.

En lo que respecta al mundo antiguo, la historización de la guerra tiene un lugar privilegiado en los estudios sobre el ámbito grecolatino, complementado por numerosas obras de divulgación tanto en formato libro como en revistas. Crecientemente, este interés se va extendiendo hacia las sociedades de la antigüedad oriental. En línea con tales inquietudes y demandas, la editorial británica Pen & Sword, orientada a la divulgación de historia militar, ha incorporado a su catálogo (pleno de obras sobre el mundo grecorromano) una serie de títulos sobre la guerra en contextos antiguos de otras latitudes. Uno de ellos es *War & Trade with the Pharaohs* de Garry J. Shaw.

Como anuncia el subtítulo del libro, se trata de un estudio histórico y arqueológico de las relaciones externas del Estado egipcio antiguo, y si bien ello no lo limita al fenómeno bélico, el hecho de que “war” anteceda a “trade” en el título es congruente con el mayor espacio dedicado a la guerra en sus páginas, al tiempo que el uso del nexos copulativo ilustra la importancia adjudicada a la conexión entre ambas prácticas (presentadas como no excluyentes y, de hecho, a menudo complementarias).

La obra comienza con un prefacio (pp. xii-xvii) que ofrece una sintética y amena introducción al problema

que aborda. El punto de partida es el reconocimiento de dos dimensiones para pensar el antiguo Egipto. Una dimensión espacial por la cual Egipto no constituye un territorio aislado por “barreras naturales” sino una “encrucijada” que posibilita la guerra, el comercio, la emigración y la inmigración. Y una dimensión temporal que cuestiona una mirada en términos estáticos y visibiliza los cambios históricos tanto internos como externos.

Allí se especifica también el objetivo de la publicación: brindar nociones sobre las “relaciones externas” de Egipto a lectores interesados con poco o ningún conocimiento previo del antiguo Egipto, así como a estudiantes de grado, en cualquier caso buscando un equilibrio entre los “hitos” o temas más relevantes de la egiptología y los últimos descubrimientos con sus respectivas interpretaciones. El arco cronológico comprende desde el período Predinástico (si bien con alguna breve referencia a épocas previas) hasta la conquista de Alejandro Magno (con una también breve mención a la época ptolemaica). A pesar de lo amplio y ambicioso de tal periodización, podemos anticipar que, tratándose de un trabajo de síntesis, el objetivo es cumplido satisfactoriamente.

Los once capítulos que conforman la obra siguen un orden cronológico acorde a la periodización egiptológica convencional, tomando como referencia las fechas propuestas por Aidan Dodson y Dyan Hilton (*The Complete Royal Families of Ancient Egypt*, Londres, Thames & Hudson, 2004). La mayor parte de ellos contiene, a su vez, recuadros sobre temáticas o testimonios específicos (que pueden, de todos modos, leerse como parte del texto principal) y notas al final con referencias bibliográficas sobre las versiones jeroglíficas o las traducciones (muchas de ellas a cargo del autor) de fuentes citadas.

En relación con el orden basado en la periodización, puede notarse una diferencia sustancial entre la primera y la segunda partes del libro. Como en otras (de las pocas) obras generales publicadas sobre la guerra en el antiguo Egipto, el parteaguas es el Reino Nuevo. Sin embargo, aquí la diferencia no radica en la contraposición entre un tratamiento pormenorizado dedicado al Reino Nuevo y períodos posteriores y consideraciones breves y dispersas (meramente introductorias) referentes a los períodos previos (como sucede en otros trabajos). Lo que distingue a los primeros cinco capítulos de este libro es una síntesis centrada en un cuidadoso relevamiento de la evidencia arqueológica, iconográfica y escrita, actualizada en lo que respecta a testimonios y lecturas, que hace un fuerte hincapié en las posibilidades y limitaciones de interpretación. Los seis capítulos restantes, en cambio (y seguramente por fuerza del tipo y cantidad de evidencia, sobre todo escrita e iconográfica), acusan un menor esfuerzo crítico y, sin convertirse en una mera reproducción de lo que enuncian las fuentes escritas, adquieren la forma de una narración de carácter más tradicional, perdiéndose de vista la centralidad del “estudio arqueológico” al que alude el subtítulo del libro.

El capítulo 1 (“Another World (10000-2584 BCE)”, pp. 1-12) ilustra con claridad cómo los períodos más tempranos de la historia del valle del Nilo no merecen aquí el lugar de un simple prólogo. Ciertamente las consideraciones son breves (sobre todo en lo relativo a los períodos Epipaleolítico y Neolítico, cuyos indicios de violencia intercomunitaria son no obstante señalados), pero el autor ofrece un valioso resumen del tipo de evidencia disponible correspondiente al período Predinástico, mayormente enfocado en pautas socioculturales y vínculos interregionales. Lo llamativo (o no tanto, si se piensa en el paradigma interpretativo dominante en los estudios arqueológicos) es que el autor se muestra poco propenso a reconocer el carácter potencialmente conflictivo de las relaciones entabladas entre entidades políticas del período, al tiempo que pone el énfasis en el intercambio de bienes (“comercio”, en los términos del autor), eventuales migraciones e influencias culturales. Esta falencia puede estar relacionada con la sorprendente ausencia, en el anexo bibliográfico correspondiente a este capítulo, del libro de Gregory Gilbert *Weapons, Warriors and Warfare in Early Egypt* (Oxford, Archaeopress, 2004). Ello se manifiesta, a su vez, en

el tratamiento de la fase final del Predinástico, cuando a la pertinente observación sobre las dificultades que supone desentrañar la relación entre las imágenes de violencia de la época de la “unificación” y posibles situaciones históricas de guerra (decantándose por una interpretación puramente ideológica), omite cualquier referencia a testimonios de armamento u otros indicadores de agresión del período.

Respecto al período Dinástico Temprano, Shaw reconoce una política agresiva por parte del Estado egipcio hacia la Baja Nubia, inferida por indicios arqueológicos y por los grabados rupestres de Gebel Sheikh Suleiman con escenas de violencia que, en este caso, sí son tomadas como indicadores de avanzadas militares, sin que quede claro en qué se diferencian de los “documentos de la unificación” interpretados como meras “expresiones de ideología”. También en relación con el Levante meridional identifica imágenes de violencia y sometimiento que darían cuenta de relaciones hostiles con las poblaciones allí establecidas. La tesis que recupera el autor en relación con ambas regiones es que, al igual que en épocas posteriores, el Estado egipcio buscaba aprovisionarse de bienes y recursos exóticos tanto de la Alta Nubia (para lo cual habría confrontado y vencido a los “intermedarios” del Grupo A de la Baja Nubia) como del Levante septentrional (especialmente con el Líbano, fuente de madera de cedro, con el cual se habrían establecido relaciones directas vía la costa del Mediterráneo en algún momento de la Dinastía I, prescindiéndose de la intermediación previamente existente de las poblaciones del Levante meridional). El por qué de las imágenes de violencia asociadas a estas últimas poblaciones no recibe, no obstante, una explicación satisfactoria.

El capítulo 2 (“Building Foreign Relations (and Pyramids) (2584-2117 BCE)”, pp. 13-31) está dedicado al Reino Antiguo. A pesar de la incorporación de dosis de humor, licencias narrativas y anacronismos deliberados (presentes a lo largo de la obra), el abordaje de fuentes escritas como las autobiografías de Weni, Harkhuf y Pepinakht, y el relevamiento de hallazgos arqueológicos como la fortificación de Ras Budran en el Sinaí meridional, el puerto de Ayn Soukhna en la costa occidental del golfo de Suez, y la ciudad fortificada de Ain Asil en el oasis Dakhla, conforman una composición concisa y actualizada tanto de las presuntibles expediciones de intercambio y extracción del período como de las disposiciones y conflictos bélicos.

Sobre esto último, algunos enunciados merecen ser señalados. En primer lugar, y en contraposición con el capítulo anterior, aquí se añade un recuadro sobre tecnología militar de los Reinos Antiguo y Medio que destaca el uso de la piedra, el sílex y, en menor medida, el cobre para la fabricación de armas, así como se mencionan las representaciones iconográficas de filas ordenadas de arqueros y de técnicas de asedio que aportan información sobre dicho asunto. Respecto a la coordinación y dirección de los esfuerzos bélicos, el autor infiere una “falta general de organización militar”, afirmación corriente en la literatura egiptológica que en algún momento debería ser revisada. El capítulo contiene asimismo un repaso por los indicadores de relaciones (violentas o no) con cada una de las distintas regiones periféricas (las minas del Sinaí, el circuito de Abu Ballas, la Alta Nubia, la Baja Nubia del Grupo C, los asentamientos fortificados del Levante meridional, Biblos, Creta e incluso Punt), así como de la presencia de individuos o grupos de origen nubio o libio habitando en territorio egipcio y combatiendo en sus tropas, llegando a la conclusión de que Egipto en el Reino Antiguo no puede ser visto ya como un territorio aislado sino como una sociedad con múltiples relaciones con el mundo circundante.

El capítulo 3 (“A Country Divided (2117-2066 BCE)”, pp. 32-40) introduce al lector en el Primer Período Intermedio. Tomando como referencia documentos posteriores compuestos en clave ficticia (como la Profecía de Neferti y las Enseñanzas para Merikare), así como testimonios arqueológicos, iconográficos y escritos contemporáneos (la destrucción de la ciudad de Mendes, en el Delta oriental, y de parte de Ain Asil en el oasis Dakhla; las inscripciones de las tumbas de Ankhtifi, nomarca y *warlord* de Moalla, y de otros individuos de élite de localidades como Asyut y Tebas; las maquetas de tropas de lanceros egipcios y arqueros nubios de la tumba del nomarca Mesehti en Asyut), Shaw resume las condiciones de división política del período con la corte instalada en Heracleópolis, algunos nomarcas detentando un poder fáctico y militar de primer orden y los gobernantes tebanos protagonizando las guerras que conducirían a la “reunificación”. También son relevadas las diversas escenas de guerra y dominación de la época de Montuhotep II sobre poblaciones egipcias, libias, nubias y asiáticas.

El capítulo 4 (“An Expanding World (2066-1781 BCE)”, pp. 41-58) se adentra en el Reino Medio, haciéndose eco

de la interpretación que considera la inauguración de la Dinastía XII como el resultado de una guerra civil entre dos élites rivales (a tal situación de conflicto asocia, entre otros testimonios, los restos humanos con lesiones y puntas de flechas incrustadas hallados en Deir el-Bahari, que en algún momento fueron considerados guerreros del reinado de Montuhotep II y que actualmente algunos vinculan al reinado de Amenemhat I). Con algunos recuadros dedicados a fuentes específicas sobre intercambios, actividades mineras e influencias culturales, incluyendo una breve sinopsis del Relato de Sinuhé, el capítulo se orienta a las relaciones entabladas con Levante (fuente de bienes suntuarios cuya obtención no habría requerido o estimulado intentos de ocupación) y con Nubia. La relación con el primero habría estado signada por una alternancia de relaciones de intercambio, explotación y violencia cuyos indicios se encuentran en inscripciones como los Anales de Amenemhat II, junto con evidencia de la presencia de mercaderes egipcios en Levante y de mercaderes, esclavos, sirvientes, artesanos y soldados asiáticos en Egipto. En la Baja Nubia, la construcción progresiva de fortificaciones entre la primera catarata y un poco más al sur de la segunda daría cuenta, por su parte, de una política de ocupación y dominación facilitada por el aprovechamiento del río Nilo y orientada a obtener recursos minerales y controlar el movimiento de población y la circulación de bienes frente a la potencial amenaza supuesta por la población Kerma de la Alta Nubia.

El capítulo 5 (“The Hyksos and the Kermans: Their Rise and Fall (1781-1549 BCE)”, pp. 59-73) lidia con las dificultades interpretativas en torno a la conformación de las dinastías sucesivas y simultáneas del Segundo Período Intermedio, y procura iluminar tanto las situaciones de conflicto como los vínculos de intercambio e influencias tecnológicas que pueden ser inferidos en el período. A los datos históricos que clarifican la dominación del delta por parte de los hyksos, la ocupación de la Baja Nubia por parte de Kerma y los ataques sufridos por Tebas de parte de ambas poblaciones, el autor añade dos recuadros sobre problemas puntuales como las tumbas de ocho gobernantes de Abydos que han promovido un reciente debate sobre la existencia o no de una dinastía abidena contemporánea de las dinastías XV (hyksos) y XVI (Tebas), y las estatuas y recipientes de piedra del Reino Medio hallados en distintas localidades de Levante que han conducido a inferir su saqueo y posterior uso como dones con fines diplomáticos por parte de los hyksos.

El abordaje de la Dinastía XVII anticipa en cierto modo el cambio de estilo que se advierte en la que hemos identificado como segunda parte del libro, presentando una “reconstrucción” de las campañas tebanas contra los hyksos y la derrota final de éstos, así como del renovado control sobre la Baja Nubia hasta la tercera catarata. El capítulo 6 (“Meeting the Mitanni and Assimilating Kush (1549-1388 BCE)”, pp. 74-95) inaugura dicha segunda parte, consistente en una presentación y organización más tradicional del devenir de lo bélico, el intercambio y la diplomacia en el Reino Nuevo y períodos posteriores, poniendo menos el énfasis en la evidencia arqueológica que en los documentos escritos, a menudo leídos en clave narrativa e incluso en ocasiones literal, si bien añadiendo esporádicas oraciones condicionales del tipo “si se puede creer en el relato...” para advertir sobre los consabidos riesgos de una aproximación tal.

El presente capítulo aborda los acontecimientos militares y las relaciones diplomáticas y de intercambio de la Dinastía XVIII entre los reinados de Ahmose y Tuthmosis IV. El expansionismo que siguió a la expulsión y persecución de los hyksos condujo, de acuerdo con el autor, a la progresiva conformación de un “imperio” que, advierte, acaso en lo referente a Siria-Palestina debiera denominarse “esfera de influencia”. En línea con diversas investigaciones, identifica una administración de la región levantina basada en la lealtad de “reyes vasallos” y en la obtención de tributo, y un control del territorio nubio que llegaría hasta la cuarta catarata y que involucraría una cierta “egipcianización” de la población local que el autor equipara a un “esfuerzo por transformar la región en una extensión de Egipto”. En una serie de recuadros se introducen contenidos sobre tecnología y organización de un ejército permanente, incluyendo las obligadas referencias a las divisiones militares y a la vida en campaña.

El panorama de la Dinastía XVIII se completa con el tratamiento, en el capítulo 7 (“Heresy and Diplomacy (1388-1298 BCE)”, pp. 96-108), de la época amarniana, en el marco de la cual se destacan las campañas militares de Akhenaten y sus sucesores que cuestionan el pacifismo en algún tiempo atribuido al menos al primero (si bien los testimonios de su reinado no dejan de ser escasos) y los menesteres diplomáticos del faraón con los “grandes reyes” de Hatti, Mitanni, Asiria, Babilonia y Chipre y con los así llamados “reyes vasallos” de Levante, inferidos en las Cartas de Amarna.

Los dos capítulos siguientes se ocupan, respectivamente, de las dinastías XIX y XX. En el capítulo 8 (“The Hittites and the Ramessides (1298-1187 BCE)”, pp. 109-127) se presentan los hitos bélicos de la “dinastía militar” inaugurada por Ramesses I, con especial hincapié en las guerras de Seti I y, sobre todo, en el conflicto y posterior tratado con el reino hitita durante el reinado de Ramesses II. A la “reconstrucción” de la batalla de Qadesh que toma de Kenneth Kitchen añade una observación sobre la “necesidad de legitimación” presuntamente vinculada con su realización (recuperar la región de Amurru y la ciudad de Qadesh con la intención de asociar a dicha dinastía con las hazañas de los reyes conquistadores de la Dinastía XVIII) y con la celebración real del evento (el favor del dios Amón como señal de legitimidad de una dinastía sin antecedentes regios). Incluye una descripción de lo que arrojan las fuentes arqueológicas y escritas sobre la ciudad de Pi-Ramesses (a la vez centro de “multiculturalismo” y base de operaciones militares), un recuadro sobre la práctica del “turismo” (en rigor, los viajes de funcionarios egipcios a conocer monumentos antiguos como las pirámides del Reino Antiguo) y un elocuente compendio de las intrigas y sucesiones del final de la dinastía.

Si Ramesses II se lanzó en busca de la guerra, afirma Shaw, la guerra fue en busca de Ramesses III. En el capítulo 9 (“Sea Peoples, Libyans, and the End of the New Kingdom (1187-1064 BCE)”, pp. 128-143) el autor se aboca principalmente a enumerar y describir las avanzadas protagonizadas por grupos libios y por los Pueblos del Mar según constan en los relieves del complejo de Medinet Habu. Tal narración la enmarca en el llamado “colapso de los sistemas” del Mediterráneo oriental que habría caracterizado a la etapa final del Bronce Tardío. Sin embargo, también destaca los indicios de prácticas de intercambio, como la misión a Punt a la que alude el Papiro Harris I o los bienes de distintos puntos del Mediterráneo encontrados en el pecio de Cabo Gelidonya, en la costa anatólica. Lo que permanece en éste y los otros capítulos sobre el Reino Nuevo (por arrastre de la categorización de otros autores) es un uso inapropiado del término “mercenarios” para referirse a prácticamente todo individuo o grupo social reconocido como no egipcio que se desempeñara en el ámbito militar al servicio del faraón. Como ya advirtiera Anthony Spalinger (*War in Ancient Egypt. The New Kingdom*, Londres, Blackwell Publishing, 2005), un concepto tal en situaciones no caracterizadas por

la movilización de identidades nacionales no hace sino perder de vista que, por un lado, a menudo los llamados “mercenarios” no eran sino prisioneros forzados a brindar servicios militares, y por el otro, las condiciones de dominación, entrenamiento y remuneración no necesariamente contraponían (en términos de la relación entre el combatiente y el Estado) a un individuo o contingente de origen egipcio de otro de origen no egipcio. El capítulo concluye con una no muy clara interconexión de factores para pensar las circunstancias del final violento de Ramesses III y de la inestabilidad que marcó la etapa final de la Dinastía XX, con la progresiva retracción en Levante y Nubia, los conflictos internos y la subsiguiente división política entre el norte y el sur de Egipto.

Los acontecimientos bélicos, políticos y, en menor medida, de intercambio del I milenio a.C. son considerados en los dos últimos capítulos del libro. El capítulo 10 (“Libyan Pharaohs, the Kingdom of Kush, and the Assyrian Invasion (1064-664 BCE)”, pp. 144-159) resume los conflictos internos y relaciones externas durante el Tercer Período Intermedio, incluyendo la constitución de la dinastía libia, la expansión del reino de Kush y las invasiones asirias. El capítulo 11 (“Vive La Resistance (664-332 BCE)”, pp. 160-178) hace lo propio en relación con el Período Tardío, empleando tanto fuentes egipcias como autores clásicos (Heródoto entre ellos). Aquí las campañas externas y de “resistencia” conducidas por gobernantes egipcios se alternan con las conquistas y períodos de dominación

del imperio persa, cuyo final dictado por la llegada de Alejandro Magno y la rendición del sátrapa local en un encuentro con aquél llevan a la reflexión de que “luego de décadas de agitación, sufrimiento y muerte, la búsqueda de Persia por dominar Egipto terminó con una simple reunión”. Algunos recuadros condensan, a su vez, información sobre la presencia de griegos, fenicios, carios y judíos en distintos puntos de Egipto, así como sobre el renovado interés depositado en los oasis del desierto occidental.

El libro cierra con las notas finales, un anexo bibliográfico (subdividido en bibliografía general y listados correspondientes a cada capítulo) y un útil índice onomástico. De lectura amena y fluida, uno de los activos del libro es que raras veces contiene afirmaciones taxativas cuando de especulaciones o inferencias (debidamente explicitadas) se trata. También se destaca, como hemos señalado, lo actualizado de sus contenidos. De todos modos, tratándose de un libro de síntesis, se echa en falta un corpus de imágenes más amplio y representativo de tan extensa periodización (contiene sólo 16 fotografías en blanco y negro distribuidas en 8 páginas centrales) y, ciertamente, hubiera sido beneficiosa la incorporación de mapas más completos (por ejemplo, divididos por períodos) o con un mejor diseño que los cinco ejemplares incluidos. Salvando estos detalles, es un libro meritorio que, como compendio general de un tema específico, cumple holgadamente su objetivo.